



ESTUDIOS BÍBLICOS

José Luis Sicre

El evangelio de Marcos

Comentario litúrgico al ciclo B y guía de lectura



verbo divino

Prólogo

Hace años me pidió un alumno que le aconsejara algún libro para preparar las homilias del domingo. Medio en broma, le respondí: «Lee el evangelio cinco, diez veces. Si al final no se te ocurre nada, no tengas homilía». En esta respuesta hay algo de verdad y bastante de exageración. Es cierto que la homilía debe ser fruto de la reflexión y oración personal. Pero también lo es que muchos textos del Antiguo Testamento, de las cartas, de los evangelios, son complicados y requieren una ayuda para no inventar lo que no dicen.

Esta obra nació dirigida a matrimonios amigos para ayudarlos a entender mejor las lecturas del domingo. Poco a poco se fueron difundiendo también entre sacerdotes que las utilizan para preparar sus homilias. Pero la intención original se mantiene en el estilo, que procuro alejar de tecnicismos, buscando siempre la comunicación directa y sencilla, sin renunciar a una información seria sobre los textos.

Por otra parte, el ciclo B está dedicado especialmente al evangelio de Marcos, y me parece una ocasión ideal para conocer esta obra, admirable por ser el primer intento de presentar la persona y el mensaje de Jesús.

Por eso, además de una parte introductoria, este libro se compone de dos partes principales. La primera ofrece los comentarios a todos los domingos y fiestas del ciclo B (incluidos los que toman el evangelio de Mateo, Lucas o Juan) y la segunda consiste en una especie de Guía de lectura del evangelio de Marcos, que lo presenta de

principio a fin, remitiendo en el lugar correspondiente al domingo o fiesta en cuestión. Existen buenos comentarios breves y asequibles a este evangelio. La novedad de este libro consiste en unir comentario litúrgico y lectura de Marcos.

No me entusiasma la nueva traducción litúrgica, pero me ha parecido lógico respetarla para evitar sorpresas al fiel o al sacerdote que lee aquí una traducción y encuentra en la misa otra distinta. La incluyo porque no es fácil disponer de ella ni encontrarla en internet.

Agradezco a María del Mar Gil sus sugerencias y su ayuda en la corrección del escrito.

Granada, 15 de septiembre de 2020

PARTE I

**INTRODUCCIÓN
AL EVANGELIO DE
MARCOS**

Ya que el ciclo B dedica una atención especial, aunque no exclusiva, al evangelio de Marcos, indicaré algunos datos sobre esta obra. Lo hago con bastante escepticismo, porque, hoy día, las opiniones son tan diferentes que no se puede dar casi nada por seguro.

1. Autor

En el libro de los Hechos, y en algunas cartas, aparece un personaje que recibe diversos nombres: Juan (Hch 13,5.13), Marcos (Hch 15,39), y Juan Marcos (Hch 12,12.25; 15,37). Natural de Jerusalén, su madre se llamaba María (Hch 12,12ss); era sobrino de Bernabé, al que acompañó, junto con Saulo, de Jerusalén a Antioquía (Hch 2,25). Durante el primer viaje misional de Bernabé y Saulo, los acompaña inicialmente, pero luego se vuelve a Jerusalén, lo que provoca una fuerte disputa entre Pablo y Bernabé (Hch 15,34-41). Sin embargo, años más tarde está junto a Pablo durante la cautividad en Roma (Col 4,10; Flm 1,24; 2 Tim 4,11).

Por los datos anteriores, nadie se habría animado a atribuirle la redacción de un evangelio. Pero, en la primera carta de Pedro, el autor lo llama «hijo mío» (1 Pe 5,13). Los antiguos, convencidos de que la carta la escribió Pedro, ven aquí la prueba de una relación muy íntima y afectuosa y convierten a Marcos en compañero e intérprete de Pedro. Basándose en su enseñanza habría escrito el evangelio que se le atribuye.

Así queda claro en el testimonio de Papiás (s. II), cuando cita a Juan el presbítero: «Marcos, *intérprete de Pedro*, según se acordaba, puso puntualmente por escrito, aunque no con orden, los dichos y hechos del Señor; pues él ni había oído al Señor ni lo había seguido». Esta idea, mantenida por los Padres de la Iglesia hasta san Jerónimo,

es la que siguen defendiendo muchos comentaristas, incluso en la actualidad.

Sin embargo, bastantes contemporáneos ponen en duda esta autoría. Hay diferencias tan notables en el material del evangelio que resulta imposible remontarlo a una sola persona. Suponen una tradición oral y escrita de décadas. Por lo demás, la cuestión es secundaria, ya que la inmensa mayoría de los autores bíblicos son desconocidos.

2. La obra

Incluso en la hipótesis más conservadora, que sitúa la redacción del evangelio hacia el año 50, los veinte años posteriores a la muerte de Jesús (que actualmente se data en la primavera del 29) conocieron una intensa actividad en la transmisión de sus recuerdos.

La tradición oral sobre Jesús debió de comenzar durante su vida. Los amigos de Betania y Jerusalén (Marta, María, Lázaro, José de Arimatea, Nicodemo...) desearían conocer lo que había enseñado y hecho en Galilea y otros lugares. La fuente de información sería a veces el mismo Jesús; pero, en otros casos, serían los discípulos, con el riesgo de ampliar y embellecer la obra del maestro. Esta tradición oral se afirmó después de su muerte, cuando se fueron agregando a la comunidad cristiana personas que no lo habían conocido.

Sabemos por la primera carta a los Corintios que la principal preocupación de los apóstoles y catequistas no fue contar milagros o resumir su enseñanza, sino justificar cómo una persona condenada como blasfemo por las autoridades religiosas y como rebelde por la romana, no era ni blasfemo ni rebelde, sino aquel en quien se cumplían las Escrituras y el único que proporciona la salvación (1 Cor 15,3-7).

Es lógico que este núcleo referente a la muerte-resurrección-apariciones se fuese ampliando poco a poco. La gente quería conocer más cosas sobre Jesús, y se irían añadiendo relatos de milagros, debates con sus adversarios, enseñanzas diversas, referencias a viajes...

Aunque los antiguos cultivaban la memoria mucho más que nosotros, pronto se sentiría la conveniencia de poner esos recuerdos por escrito. Lo más fácil sería un relato de la Pasión, dada su importancia, su dramatismo, y su utilidad para demostrar la inocencia de Jesús. Este relato primitivo lo utilizarían tanto Marcos como Juan, introduciendo cada uno su punto de vista.

También se pusieron por escrito pequeñas colecciones: los debates que se conservan en Mc 2,1-3,6; las parábolas de Mc 4; el discurso del fin del mundo en Mc 13, etc. Por consiguiente, cuando Marcos comenzó a escribir contaba con mucho material oral y escrito. El problema era organizarlo.

Por entonces ya estaba difundida la idea de que la actividad pública de Jesús comenzó después de ser bautizado por Juan; el final era claro, la muerte y resurrección. ¿Cómo rellenar ese espacio intermedio? Aquí radica el gran mérito de Marcos, que se esforzó por construir un relato seguido, situando milagros y enseñanzas en tres espacios geográficos principales: Galilea y algunas regiones cercanas (Decápolis, Tiro, Sidón); el camino desde Cesarea de Filipo a Jerusalén, pasando por Jericó; la estancia en Jerusalén. Aunque geográficamente podemos distinguir tres partes, desde el punto de vista del contenido se suelen distinguir dos (1,16-8,26 y 8,27-14,57), separadas por la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, precedidas de una introducción (1,1-15) y cerradas con un final (16,1-20).

Esta organización del material, que siguieron Mateo y Lucas, no carece de problemas desde el punto de vista histórico. Toda la actividad de Jesús termina en un año. Sin embargo, sabemos por el evangelio de Juan que Jesús subió otras veces a Jerusalén, y su actuación se suele fijar en dos años y medio.

Aunque existe un gran acuerdo en que Marcos no conoció la colección de dichos de Jesús («Q»), hay autores que piensan que sí la conoció y usó; y otros, que la conoció, pero que estaba en desacuerdo con ella, «pues él sabe que la Iglesia no se edifica con una serie de palabras de sabiduría, sino con un camino de seguimiento» (Pikaza, *Evangelio de Marcos*, 135).

Cabe la posibilidad de que el evangelio de Marcos tuviese diversas ediciones, mejoradas a medida que se añadían nuevos datos. Este hecho es indiscutible por lo que respecta a los versículos finales (16,9-20), como indicaré luego.

3. Motivo que impulsó al autor a escribir el evangelio

Muchos comentaristas piensan que fueron circunstancias muy preocupantes las que movieron a Marcos a escribir su obra. Pero no se ponen de acuerdo al definir esas circunstancias.

Para unos, Marcos intentó adoptar una postura media entre dos corrientes que se estaban imponiendo en el cristianismo primitivo. Una insistía en Jesús resucitado y su presencia misteriosa en la comunidad, olvidando las raíces históricas de su persona. Otra ponía la fuerza en recordar el pasado terreno de Jesús, olvidando su presencia actual en medio de la comunidad y su venida al fin de los tiempos. Es una hipótesis difícil de probar o de tirar por tierra.

Según otra opinión, al cabo de unos años, ciertos cristianos de Siria comenzaron a presentar a Jesús como el más poderoso de todos los seres divinos. Para ello se servían de una colección de milagros. Frente a ellos, Pablo predicaba a Jesús muerto y resucitado. Marcos intentó solucionar el conflicto, reinterpretando los milagros e incorporando otras tradiciones.

Frente a estas hipótesis, que presentan el evangelio de Marcos como respuesta a un conflicto, hay autores que lo ven como resultado de un proceso normal, sin mayor dramatismo. Lo único que ocurrió es que cada vez eran más abundantes las tradiciones escritas sobre Jesús y resultaba conveniente unirlas y sistematizarlas.

Últimamente se relaciona el evangelio con las tensiones de la década de los años 60, cuando se va preparando la rebelión de los judíos contra Roma y el ambiente está cargado de esperanzas de tipo apocalíptico.

En cualquier caso, el evangelio de Marcos intenta dar respuesta al misterio de «quién es Jesús». Lo cual significa que las cosas no debían estar excesivamente claras en su tiempo y en su comunidad. Cosa nada extraña cuando recordamos los debates cristológicos que se extendieron hasta el siglo v (Concilio de Calcedonia del 451) y los distintos enfoques de la persona de Jesús que seguimos descubriendo entre los cristianos de hoy día.

4. Destinatarios

Los testimonios antiguos relacionan estrechamente el segundo evangelio con el auditorio de Pedro. Pero, generalmente, no dicen en qué lugar vivía Pedro por entonces. Solo Clemente Romano y Jerónimo relacionan el evangelio con la comunidad de Roma. Analizando el evangelio se advierte que los destinatarios no son todos de origen judío; al menos parte de ellos debían ser de origen

pagano, por los siguientes argumentos: a) Traduce los vocablos arameos, cosa innecesaria para un judío: Boanerges (3,17), Talita qumi (5,41), Epheta (7,34), korbán (7,11), Abba (14,36), Gólgota (15,22), Eloy... (15,34). b) Explica costumbres judías: comer con manos impuras (7,3), primer día de los Ázimos (14,2), Parasceve (15,42). c) No habla de temas que el auditorio no habría entendido, como la contraposición entre la Ley antigua y la nueva. d) En la misma línea de lo anterior, se habla poco del cumplimiento de las profecías.

A pesar de los argumentos anteriores, es posible que parte de la comunidad fuera de origen judío. Guijarro propone que los destinatarios iniciales del evangelio, que habitaban en regiones relacionadas con Galilea y en Tiro y Sidón, formaban una red de pequeños grupos conectados entre sí. Pocos años más tarde, el círculo de los destinatarios se amplió y difundió desde Roma.

5. Fecha y lugar de redacción

Poner por escrito los recuerdos sobre Jesús habría sido una cosa fácil y realizable en poco tiempo. Si Jesús murió hacia el año 29, no tendría nada de extraño que para el 40 o 45 estuviese ya escrito un evangelio. Esta era también la opinión de la tradición.

Sin embargo, los comentaristas actuales lo ven de forma más complicada. Se inclinan a datar los evangelios en fecha más tardía por dos motivos principales: a) Los evangelios no son simples recuerdos de lo que Jesús hizo y dijo, están marcados por las preocupaciones y problemas de cada comunidad; esto supone un largo período de tiempo, de varias décadas. b) Los evangelios hacen clara referencia a la destrucción de Jerusalén en el año 70. Por consiguiente, deben ser posteriores.

Estos dos argumentos no son tan fuertes como puede parecer a primera vista. El influjo de los problemas de cada comunidad es un dato innegable, pero no exige esperar treinta o cuarenta años para que se advierta. Las referencias a la destrucción de Jerusalén no tienen por qué basarse en los acontecimientos del año 70; podrían interpretarse como predicciones proféticas, de las que existen abundantes ejemplos en el Antiguo Testamento.

Se comprende, pues, que los autores no acaben de ponerse de acuerdo sobre esta cuestión. En el caso de Marcos, las fechas propuestas fluctúan desde el año 40 hasta el 90. Recordemos que los testimonios antiguos también varían: según Papías, Clemente, Epifanio y Jerónimo, Marcos escribió en vida de Pedro; según Ireneo, después de su muerte.

40-45: Torrey, Wenham

50-60: Albertz-Meinertz

Hacia el 64: Biblia de Jerusalén, Joel Marcus

Antes del 70: Robert-Feuillet, Wikenhauser, Léon-Dufour

Después del 70: Johnson, Brandon, Gnilka, Pikaza, Guijarro

90: Farmer

En cuanto al lugar de redacción, Clemente y Epifanio lo sitúan en Roma. Esta teoría la mantienen muchos comentaristas modernos, basándose en los datos siguientes: a) Uso de latinismos: cuadrante (12,42), pretorio (15,16), centurión (15,39.44.45), vaso (7,4.8), especulator (6,27), legión (5,9), censo (12,14), flagelar (15,15). b) Se supone la legislación grecorromana, que también permite el divorcio a la mujer (10,11-12). c) Menciona a Rufus (15,21), que pertenece a la comunidad de Roma según Rom 16,13.

Los argumentos a favor de Roma no convencen a todos. Indican que la mayoría de los latinismos se refieren a términos técnicos militares, igual que ocurre en Lc-Hch. Y la costumbre del divorcio pertenece a todo el mundo grecorromano. Por consiguiente, no resulta claro que el evangelio estuviese destinado a los romanos. Marcos pudo escribir para una comunidad del Este. Algunos autores señalan Antioquía, dada la relación de Pedro con esta ciudad y que se trataba de un centro de la cultura romana.

Otros señalan Siria, o la Alta Galilea. Pikaza se inclina concretamente por Damasco. Guijarro sugiere que «una primera edición de Marcos, compuesta en Palestina, llegó pronto a Roma, donde se hizo una segunda edición del mismo, que se difundió gracias a la autoridad de aquella Iglesia» (*Los cuatro evangelios*, 268).

La idea de tres ediciones la defienden bastantes autores basándose en dos argumentos: a) Lucas omite la llamada sección de Betsaida o segunda sección del pan (Mc 8,1-26); b) Mateo y Lucas coinciden en una serie de retoques en el texto de Marcos: omisiones, adiciones, formulaciones diversas. Para explicar estos datos se admite la existencia de tres ediciones de Marcos: 1) texto sin la segunda sección del pan, que es la que conoce Lucas; 2) texto con la segunda sección del pan, que es el conocido por Mateo; 3) texto aumentado con pasajes que no se encuentran en Mateo ni en Lucas.

Más complicado es J. Rius-Camps, como se advierte en el subtítulo de su obra: *El evangelio de Marcos: etapas de su redacción. Redacción jerosolimitana, refundición a partir de Chipre, redacción final en Roma o Alejandría* (Estella: Verbo Divino, 2008).

6. Estructura del evangelio

Cuando un autor escribe, tiene un esquema en la mente. Pero si no dice cuál es ese esquema, resulta difícil descubrirlo. Por eso, en el caso de Marcos se han propuesto diversas teorías.

1. Marcos siguió un esquema puramente geográfico, ateniéndose a los lugares donde actuaba Jesús: Galilea, fuera de Galilea, Cesarea de Filipo, Jericó, Jerusalén. A esta teoría se le objeta que resulta inexacta, además de demasiado extrínseca y superficial.

2. Hay que tener en cuenta los elementos geográficos y los teológicos. Se llega así a distinguir dos grandes partes en el evangelio: 1,1-8,26 (actividad de Jesús) y 8,27-13,37 (instrucciones a los discípulos), a las que hay que añadir el relato de la Pasión y Resurrección. La objeción a esta teoría es que no tiene en cuenta los elementos literarios que estructuran estas dos grandes partes, además de que considera la pasión-resurrección como algo independiente de lo anterior.

3. Propone un enfoque geográfico, teológico y literario. Distingue dos grandes partes: en la primera (1,1-8,26) tiene lugar la progresiva manifestación de Jesús como Mesías. En la segunda, que abarca también la pasión-resurrección (8,27-16,8), se revela el misterio del Hijo del Hombre.

7. El «final largo» de Marcos (Mc 16,9-20)

Estos versículos no formaban parte de la obra primitiva; se añadieron más tarde, como lo demuestra el que falten en los dos grandes manuscritos del siglo IV, el Sinaítico y el Vaticano. Son cuatro escenas breves, añadidas probablemente para mitigar el final tan desconcertante que ofrecía la obra original, con unas mujeres que huyen muertas de miedo y no cumplen la misión que les ha encomendado el ángel. Se inspiran en los evangelios de

Mateo y Lucas, y en los Hechos, pero no se trata de simples resúmenes. Reflejan un punto de vista muy interesante, como si pretendieran justificar la falta de fe en la resurrección, para que Jesús termine criticando esa postura.

8. El secreto mesiánico en Marcos

El Dato. Junto a una manifestación progresiva de Jesús se encuentra la incompreensión de los discípulos y la imposición del secreto por parte de Jesús a los demonios (1,34; 3,12), a los curados (1,44; 5,43; 7,36; 8,26) y a los discípulos (8,30; 9,9).

Explicación teológica y apologética (Wrede). Jesús no tuvo conciencia de ser el Mesías, pero la Iglesia sí lo vio como tal. Para salvar el desacuerdo entre la fe de la Iglesia y la realidad histórica, Marcos inventó la teoría del secreto mesiánico, según la cual, solo después de la resurrección se podía divulgar que Jesús era el Mesías (9,9).

Crítica: Wrede no prueba la falta de conciencia mesiánica en Jesús. Además, suprime cuatro textos en contra de su teoría (8,27-29; 10,46-52; 11,1-11; 14,62).

Explicación histórica (Taylor). Jesús se consideraba Mesías y fue reconocido como tal (8,27-29; 11,1-11; 14,62). Pero impone silencio por motivos pedagógicos, para que no interpreten su mesianismo políticamente.

Crítica: Esto es verdad, pero se aplica a cualquier evangelio, mientras que Marcos insiste en el secreto de forma especial. Hay que dar una respuesta concreta a su problema.

Explicación basada en la historia de la redacción (Minette). El secreto mesiánico no es una tesis preconcebida (Wrede) ni un simple dato histórico (Taylor). Hay que analizar la intención de Marcos. Con el secreto mesiánico, Marcos expresa «la irrevocable y firme decisión

de Jesús de abrazar la pasión, por ser esta la voluntad divina». Cada vez que Jesús impone silencio, lo que quiere expresar en el fondo es su voluntad de sufrir. Por eso, después de la resurrección no tiene ya sentido.

Para una exposición más detallada y bibliografía véase R. Aguirre Monasterio y A. Rodríguez Carmona, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, 212-215.

9. Bibliografía básica

Introducción: R. Aguirre Monasterio y A. Rodríguez Carmona, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*. Nueva edición actualizada y ampliada (Estella: Verbo Divino, 2012), 145-259; S. Guijarro Oporto, *Los cuatro evangelios* (Salamanca: Sígueme, 2010), 205-282.

Comentarios científicos: Además del clásico de J. Gnilka, *El evangelio según san Marcos* (2 vols.; Salamanca: Sígueme, 1986-1987), tenemos tres grandes comentarios: J. Marcus, *El evangelio según Marcos* (2 vols.; Salamanca: Sígueme, 2011); J. Mateos y F. Camacho, *El evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético* (3 vols.; Córdoba-Barcelona: El Almendro-Herder, 1993-2016); X. Pikaza, *El evangelio de Marcos. La Buena Noticia de Jesús* (Estella: Verbo Divino, 2012). Véanse también: Carrillo Alday, S., *El evangelio según san Marcos* (Estella: Verbo Divino, 2008); Castro Sánchez, S., *El sorprendente Jesús de Marcos* (Madrid: UP Comillas, 2005); M. Navarro, *Marcos* (Estella: Verbo Divino, 2006).

Otras obras: C. Bravo, *Galilea año 30. Para leer el evangelio de Marcos* (Córdoba: El Almendro, 1991); J. Dêlorme, *El evangelio según san Marcos* (Cuadernos bíblicos 15-16; Estella: Verbo Divino, 1986); T. Iribarnegaray, *Una fe que escandaliza y seduce. Recorrido existencial por el evangelio de Marcos*. (Santander: Sal Terrae, 2018); J. D. Kingsbury, *Conflicto en Marcos. Jesús,*

autoridades, discípulos (Córdoba: El Almendro, 1991); B. Maggioni, *El relato de Marcos* (Madrid: San Pablo, 1981); M. Navarro, *Jesús y su sombra. El mal, las sombras, lo desconocido y amenazante en el evangelio de Marcos* (Estella: Verbo Divino, 2017); X. Pikaza, *Para vivir el evangelio. Lectura de Marcos* (Estella: Verbo Divino, 1995); íd., *Pan, casa, palabra. La Iglesia en Marcos* (Salamanca: Sígueme, 1998).

PARTE II

**COMENTARIOS
A LAS LECTURAS DE LOS
DOMINGOS Y FESTIVOS
DEL CICLO B**

**(Incluidos los que toman
el evangelio de Mateo, Lucas o
Juan)**

1

Tiempo de Adviento

1. Parábola de la esposa del astronauta

En aquel tiempo se acercaron a Jesús sus discípulos y le preguntaron:

-Maestro, ¿por qué son tan complicadas las lecturas del Adviento? Unas prometen tu venida, otras hablan de tu vuelta al fin del mundo.

Jesús les dijo:

-La Iglesia en tiempo del Adviento se parece a la esposa de un astronauta que debió partir para una misión secreta, de duración desconocida. Apenas había despegado el cohete espacial, sus hijos le preguntaron: «¿Cuándo volverá papá?». Ella, para tranquilizarlos, les dijo: «Muy pronto. Papá volverá muy pronto». Pasaron días, semanas, meses. Los niños repetían la misma pregunta y ella les daba la misma respuesta: «Papá volverá muy pronto». Ensayaron canciones e idearon infinidad de fiestas para recibirlo. Pasó el primer año, el tercero, el décimo, y papá no volvía. Entonces la madre los reunió y les dijo: «En vez preparar una fiesta para celebrar la vuelta de papá vamos a celebrar su cumpleaños».

Jesús los miró fijamente, seguro de que no lo habían entendido.

-Al principio, durante muchos años, la Iglesia hablaba de mi vuelta, la anunciaba como la cosa más segura. Cuando

vio que yo no volvía, se buscaron las explicaciones más diversas para justificarlo. Al final, ya que no podía celebrar mi segunda venida, decidió celebrar la primera.

Los textos bíblicos del Adviento han sido repartidos de tal manera en los cuatro domingos que recuerdan a una complicada novela de ciencia ficción.

Imagina a una señora joven, que dará a luz dentro de un mes. Ella, su marido, su familia y amistades, solo piensan en lo poco que falta para el parto, tranquilos, porque los médicos han garantizado que irá bien.

Pero supongamos que ese niño no es un niño cualquiera. Su nacimiento ha sido anunciado muchos antes de que sus padres se conocieran, siglos antes, y a propósito de él se han formulado la esperanzas e ilusiones más maravillosas.

Naturalmente, ese niño no comenzará a desarrollar su actividad a los dos días: deberá prepararse, pasarán años. Y cuando comience a actuar en público se depositarán en él nuevas esperanzas, a veces muy distintas de las antiguas.

La historia no termina aquí. Ese niño, hecho ya un hombre, muere. Sin embargo, no desaparece por completo. Su familia está convencida de que volverá pronto.

En breve resumen, esta es la historia de Jesús, que abarca cuatro etapas muy distintas: 1) la esperanza depositada en él antes de nacer; 2) el nacimiento; 3) su actividad pública; 4) su vuelta al final de la historia.

Si estos temas se expusieran en orden cronológico no representarían gran problema, y se podrían seguir con facilidad. Sin embargo, la liturgia de los domingos de Adviento une los cuatro momentos, salta de uno a otro, y puede crear en el cristiano una sensación de profundo desconcierto.

El Adviento no pretende prepararnos durante cuatro domingos a recordar románticamente un hecho pasado (la

primera venida del Señor), sino ayudarnos a comprender ese acontecimiento y recordarnos el encuentro definitivo con el Señor (segunda venida).

2. Domingo I de Adviento. Súplica, admiración, vigilancia

Para vivir el espíritu del Adviento, la liturgia nos sugiere tres actitudes: súplica (primera lectura), admiración ante los bienes recibidos (segunda lectura) y vigilancia (evangelio).

2.1. Súplica (Isaías 63,16b-17.19b; 64,2b-7)

La primera lectura nos sitúa unos cinco siglos antes de la venida de Jesús, cuando la situación en Jerusalén y Judá dejaba mucho que desear desde todos los puntos de vista: político, social, religioso. El pueblo de Israel se ve como un trapo sucio, un árbol de ramas secas y hojas marchitas. La situación no sería muy distinta de la nuestra. Pero el pueblo, en vez de culpar a los políticos, a los independentistas, a los banqueros, al FMI, a los presidentes de las grandes potencias, se reúne en asamblea litúrgica y entona una lamentación.

Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre desde siempre es «nuestro libertador». ¿Por qué nos extravías, Señor, de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te temamos? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. ¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! En tu presencia se estremecerían las montañas. Descendiste y las montañas se estremecieron. Jamás se oyó ni se escuchó, ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por quien espera en él. Sales al encuentro de quien practica con alegría la justicia y, andando en tus caminos, se acuerda de ti. He aquí que tú estabas airado y nosotros hemos pecado. Pero en los caminos de antiguo seremos salvados. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un vestido manchado; todos nos marchitábamos como hojas, nuestras culpas nos arrebataban como el viento. Nadie invocaba tu

nombre, nadie salía del letargo para adherirse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas al poder de nuestra culpa. Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano.

Las palabras del pueblo ofrecen un curioso contraste al hablar de Dios. A veces destaca sus rasgos positivos: es «nuestro padre», «nuestro redentor», «sales al encuentro del que practica la justicia», «somos todos obra de tu mano»; otras veces se queja de que «nos extraviás de tus caminos y endureces nuestro corazón», «estabas airado y nosotros fracasamos», «nos ocultabas tu rostro». Pero el pueblo reconoce que la culpa no es de Dios, sino suya: «todos éramos impuros, nuestra justicia era un paño manchado, nuestras culpas nos arrebatában como el viento, nadie invocaba tu nombre, ni se esforzaba por aferrarse a ti».

¿Cuál es la solución? Sorprendentemente, que Dios se convierta: «vuelve por amor a tus siervos», «ojalá rasgases el cielo y descendieses», «aparta nuestras culpas». Los profetas anteriores (Amós, Isaías, Jeremías...) habían concedido gran importancia a la conversión, al hecho de que el pueblo volviese a Dios y cambiase su forma de actuar. Quienes rezan esta lamentación no confían en ellos mismos. Debe ser Dios quien vuelva y, como buen alfarero, moldee una nueva vasija.

En el contexto del Adviento, la frase que más llama la atención y ha motivado la inclusión de este texto en la liturgia es: «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!». Aunque el profeta piensa en la venida de Dios, la liturgia nos hace pensar en la venida de Jesús. Pero ese recuerdo debe ir acompañado del reconocimiento de nuestra debilidad y de la necesidad de ser salvados.

2.2. Admiración por los bienes recibidos (1 Corintios 1,3-9)

La respuesta de Dios supera con creces lo que pedía el pueblo en la lectura de Isaías, aunque de modo distinto. Dios Padre no rasga el cielo, no sale a nuestro encuentro personalmente; envía a Jesús, y desde el momento en el que lo aceptamos, nuestra vida cambia por completo.

Hermanos: A vosotros, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Doy gracias a mi Dios continuamente por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Cristo Jesús; pues en él habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en toda ciencia, porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo, de modo que no carecéis de ningún don gratuito, mientras aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que seáis irrepreensibles el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, el cual os llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor.

Pablo habla de nuestro pasado, futuro y presente.

En el pasado, Dios nos ha enriquecido en todo; nos ha llamado a participar de la vida de su Hijo, Jesucristo. La imagen es potente y extraña. Recuerda a la experiencia de un hijo con su madre, de la que recibe la vida. Pero esa relación vital no termina cuando se corta el cordón umbilical, perdura siempre.

Con respecto al futuro, aguardamos la manifestación de Jesucristo, la segunda y definitiva venida del Señor, tema esencial para los primeros cristianos y que debería serlo para nosotros en este tiempo de Adviento.

En el presente, «no carecemos de nada». Cuando tanta gente se lamenta, a veces con razón, de las muchas cosas de que carece, estas palabras pueden resultar casi hirientes: «No carecéis de ningún don». Buen momento, este del Adviento, para pensar en qué cosas valoramos: si

las materiales, que a menudo faltan, o la riqueza espiritual que proporciona Jesús.

Esta enseñanza de Pablo no se produce en un contexto de fría reflexión teológica, sino de oración y acción de gracias al pensar en sus cristianos de Corinto, la más complicada y problemática de sus comunidades.

2.3. Vigilancia (Mc 13,33-37)

No deja de ser irónico que el evangelio no hable de Dios Padre ni de Jesús. Se centra en nosotros, en la actitud que debemos tener: «vigilad», «velad», «velad». Tres veces la misma orden en pocas líneas. Porque el Adviento no solo pretende recordar la venida del Señor, sino también prepararnos para el encuentro final con Él.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

–Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: ¡Velad!

La actividad pública de Jesús termina con un discurso sobre el fin del mundo y su segunda venida, que no está dirigido a todos los discípulos, como sugiere la introducción del evangelio de hoy, sino solo a los cuatro primeros llamados por Jesús: Pedro, Santiago, Juan y Andrés (Mc 13,3-37). Jesús ha dicho poco antes que de los grandes edificios del templo no quedará piedra sobre piedra. Para estos cuatro, el fin del templo de Jerusalén equivale al fin del mundo, y desean saber cuándo ocurrirá y qué señales lo precederán. Un tema que a nosotros nos parece más propio de los Testigos de Jehová, pero que creaba enorme preocupación en las primeras comunidades cristianas. El

discurso responde a estas cuestiones, pero termina con esta exhortación a la vigilancia, que la liturgia, con pleno sentido, aplica a todos los discípulos y a todos nosotros.

¿En qué consiste la vigilancia? Se sugiere con muy pocas palabras: «dio a cada uno de sus criados su tarea». Esa es, en parte, la misión del Adviento: reflexionar sobre la propia tarea recibida de Dios y examinar si la cumplimos debidamente.

3. Domingo II de Adviento. Tres caminos hacia Jesús

3.1. El camino poético (Isaías 40,1-5.9-11)

Hacia el año 540 a.C., los judíos llevaban casi cincuenta años desterrados en Babilonia. Años duros, de grandes sufrimientos, de ansia de libertad y de vuelta a la patria. Esa buena noticia es la que anuncia el profeta. Pero el largo camino, a través de zonas a menudo inhóspitas, puede asustar a muchos y desanimarlos de emprender el viaje. Entonces, una voz misteriosa ordena, no se sabe a quién, preparar el camino al Señor. No se dirige a hombres, porque la labor que realizarán es sobrehumana: construir en el desierto una espléndida autopista, allanando montes y colinas, rellenoando valles. Por ella volverá el pueblo judío, acompañado de su Dios, como un pastor conduce a su rebaño.

Consolad, consolad a mi pueblo –dice vuestro Dios–; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados. Una voz grita: «En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos –ha hablado la boca del Señor–».

Súbete a un monte elevado, heraldo de Sion; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: «Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda. Mirad, viene con él su salario, y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho, hace recostar a las madres».

3.2. El camino ético (Qumrán)

Con el tiempo, la idea de preparar un camino al Señor en el desierto adquirió un sentido nuevo: a mediados del siglo II a.C., un grupo de sacerdotes y seglares judíos, descontentos con el comportamiento de los sumos sacerdotes de Jerusalén y de las costumbres paganas que se estaban introduciendo, recordando el texto del libro de Isaías, decidió retirarse al desierto de Judá y allí, en Qumrán, fundar una especie de comunidad religiosa. En el desierto preparan el camino del Señor. Ya no se trata de un camino poético, sino de una conducta conforme a la Ley del Señor. (En hebreo, *derek* puede significar «camino» y «forma de conducta», igual que *way* en inglés).

3.3. El camino del Señor Jesús (Mc 1,1-8)

Esta misma interpretación del texto de Isaías es la que aplica el evangelio a Juan Bautista. También él marcha al desierto a preparar un camino. A primera vista parece tratarse de un camino ético, como en Qumrán, ya que Juan exhorta a la conversión y al bautismo para el perdón de los pecados. Pero sus palabras dejan claro que prepara el camino a una persona más poderosa que él y que trae un bautismo superior al suyo: Jesús.

Ya que el ciclo B está dedicado al evangelio de Marcos, me permito un comentario más extenso de lo habitual. El título (1,1), que no se presta a ser tratado en una homilía, lo comento en la Guía de lectura. Al final de este domingo

incluyo un apéndice comparando los testimonios sobre Juan Bautista de Flavio Josefo y de Marcos.

Comienzo del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

Como está escrito en el profeta Isaías: «Yo envío a mi mensajero delante de ti el cual preparará tu camino. Voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos»; se presentó Juan en el desierto bautizando y predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Acudía a él toda la región de Judea y toda la gente de Jerusalén. Él los bautizaba en el río Jordán y confesaban sus pecados.

Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba:

–Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo, y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Marcos comienza su evangelio haciendo trampa. Una trampa tan sencilla y evidente que pasa desapercibida a muchos. Une dos citas, una de Isaías y otra de Malaquías, pero atribuye las dos a Isaías. ¿Qué importancia tiene esto? Si omitimos la cita de Malaquías y nos limitamos a la de Isaías, la imagen de Juan Bautista cambia por completo: no prepara el camino del Mesías, sino el camino de Dios.

La tradición antigua diría así:

Como está escrito en el profeta Isaías: «Una voz grita en el desierto: Preparad el camino al Señor, allanad el sendero de nuestro Dios», apareció Juan bautizando en el desierto y predicando un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados.

Esta tradición sobre Juan, que se remontaría a sus discípulos, destacaba los siguientes aspectos: 1) Su aparición no se debía a un simple capricho del interesado; era el cumplimiento de algo anunciado por el profeta Isaías. 2) Su misión era muy superior a la de los profetas anteriores: consistía en preparar el camino a la aparición

definitiva de Dios. 3) Juan la llevaba a cabo predicando un bautismo para el perdón de los pecados, como punto culminante de la conversión, que implicaba una vuelta a Dios y un cambio en la forma de vida. 4) En contra de lo que cabría esperar, su actividad tuvo mucho éxito en Judea y Jerusalén: la gente encontraba en él algo que no encontraba en el templo ni en los sacerdotes. 5) Su vestido recordaba al del profeta Elías, y su alimento era muy austero. Juan no solo corta con la institución religiosa judía sino con la cultura urbana. Su forma de vida recuerda a la de los recabitas de tiempos del profeta Jeremías, que no beben vino, no construyen casas, no siembran simientes ni plantan viñas (Jr 35,6-7).

Esta tradición sobre Juan Bautista fue modificada por los cristianos para aplicarla a Jesús. Ahora no preparara la venida de Dios, sino que prepara y anuncia la venida de uno más fuerte e importante.

Lugar. «En el desierto». ¿Por qué no predica Juan en Jerusalén, o en alguna ciudad, como Hebrón o Jericó? Si recordamos las tensiones religiosas y políticas que se produjeron en Israel desde el siglo II a.C., el hecho de que Juan predique en el desierto significa que pertenece a un grupo de oposición, que mira con malos ojos al clero de Jerusalén. El reino de Dios no se puede anunciar en el templo, ni en la Ciudad Santa. Tiene que ser en un ambiente distinto, al margen de la religión institucional. Y el signo de la conversión no serán sacrificios de animales, sino el reconocimiento de los pecados y el bautismo.

Actividad bautismal. Bautizar significa en griego «lavar». Es lo que hizo el sirio Naamán por orden de Eliseo para quedar libre de la lepra: «lavarse/bautizarse siete veces en el Jordán» (2 Re 5,14). Lo que hacía Judit como paso previo a la oración: «se lavaba/bautizaba en el manantial donde se encontraba el puesto de avanzada» (Jdt 12,7). Y lo que

hacen los fariseos y la mayor parte de los judíos cuando vuelven de la plaza: «no comen si no se lavan/bautizan totalmente» (Mc 7,4).

Juan se dedica a lavar, no copas, jarras y ollas (véase Mc 7,4), sino personas. Lógicamente, lo hace con agua, por eso actúa junto al río Jordán. ¿De dónde le viene esa idea? El profeta Ezequiel, dirigiéndose a los deportados en Babilonia y en otros países, les promete en nombre de Dios que volverán a la patria, y allí: «Os rociaré con un agua pura que os purificará, de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar» (Ez 36,25). En Israel existían desde antiguo ritos de purificación, pero a comienzos del siglo I estaban especialmente difundidos entre los fariseos y en la comunidad de Qumrán. La novedad que introduce Juan es que no se trata de un rito que se repite varias veces al día (como en Qumrán) sino de un rito único, acompañado de la confesión de los pecados, y supone un cambio de vida.

Respuesta de la gente. La distancia del desierto y la extraña personalidad de Juan no desanima a la gente. Acude a él toda la región de Judea e incluso los habitantes de Jerusalén. Sin embargo, la actividad de Juan se difundió hasta otras regiones, como lo demuestra el hecho de que Jesús (y algunos discípulos, según el cuarto evangelio) acudan a él desde Galilea. Y no podemos olvidar el influjo internacional de Juan; Pablo encontró discípulos suyos en Éfeso (Hch 19,1-3).

En cuanto a los habitantes de Jerusalén, el hecho de que se desplacen al desierto para escucharlo significa que encuentran en él algo que no encuentran en los dirigentes religiosos. Se trata de una crítica velada que el evangelista no desarrolla, solo sugiere.

La gente acudía para recibir el bautismo tras confesar sus pecados. No sabemos cómo hacían esta confesión. En la Biblia encontramos confesiones individuales y

comunitarias. David confiesa su pecado cuando el profeta Natán lo acusa de haber cometido adulterio con Betsabé y de haber asesinado a su marido Urías. En estos hechos se inspira el autor del famoso salmo 50: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa». El rey Ajab reconoce haber pecado permitiendo que su mujer ordenase la muerte de Nabot. Pero no sabemos cómo confesaba la gente sus pecados ante Juan.

Tampoco sabemos con exactitud cómo realizaba Juan el bautismo. Poco después se cuenta que Jesús, tras ser bautizado, «subió del agua». Esto sugiere que el bautizando entraba en el río.

Forma de vida de Juan. En el evangelio no se habla generalmente del modo de vestir de una persona ni de su forma de alimentarse. De Juan se dice que su vestido era de piel de camello, tenía un cinturón de cuero y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. El vestido recuerda al del profeta Elías, que «llevaba una piel ceñida con un cinto de cuero» (2 Re 1,8). Este simple detalle basta para que el lector piense en el cumplimiento de lo anunciado por Malaquías: «Yo os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día del Señor, grande y terrible» (Mal 3,23). El alimento a base de saltamontes y miel silvestre carece de paralelo en el Antiguo Testamento, pero recuerda al grupo de los recabitas, más radicales que los vegetarianos, enemigos de la cultura agrícola porque supone impetrar la ayuda de los dioses paganos para que concedan la lluvia y la fecundidad de la tierra. En cualquier caso, Juan se opone al lujo en la comida y el vestido, típicos de la clase alta y del sacerdocio jerosolimitano. No hacen falta vestidos lujosos para preparar el camino al Señor ni una comida abundante para mantenerse en forma. ¿Será este modo de vestir y de alimentarse un modelo para Jesús? Marcos dejará claro más adelante que no.

Mensaje. Aunque al principio dice Marcos que Juan predica un bautismo de conversión, al final añade unas palabras a propósito de Jesús, sin nombrarlo expresamente. Se limita a considerarlo superior a él («no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias») y anuncia que trae un bautismo mucho más importante: él bautiza con agua, el que viene bautizará con Espíritu Santo. La fórmula «bautizar con Espíritu Santo» debe pertenecer a la catequesis primitiva porque aparece en los textos más diversos (Mt 3,11; Mc 1,8; Lc 3,16; Jn 1,33; Hch 11,16). En el contexto de Marcos, el sentido parece ser: yo os limpio simplemente con agua; mi bautismo se queda en lo exterior; el que viene os limpiará interiormente con el don del Espíritu Santo.

Juan establece una interesante relación entre el poder del que vendrá y el Espíritu Santo, que también se encuentra en los Salmos de Salomón, de origen fariseo. Hablando del rey descendiente de David que salvará a su pueblo dice: «No se debilitará durante toda su vida, apoyado en su Dios, porque el Señor lo ha hecho poderoso por el Espíritu Santo» (SalSl 17,37). La relación entre Jesús y el Espíritu quedará mucho más clara en el episodio del bautismo.

3.4. Esperad y apresurad la venida del Señor (2 Pedro 3,8-14)

A mediados y finales del siglo I, muchos cristianos empezaron a sentirse desconcertados. Les habían repetido que la vuelta del Señor y el fin del mundo eran inminentes. Sin embargo, pasaban los años y el Señor no volvía. El autor de la segunda carta de Pedro (que no es san Pedro) sale al paso de esta inquietud, ofreciendo una respuesta que, después de veinte siglos, no convence demasiado: el Señor no se retrasa, sino que nos da un plazo para que podamos convertirnos. El autor mantiene la postura tradicional de que la llegada del Señor y el fin del mundo